

1214

Revista de Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Wenceslao Urdapilleta
Por la Facultad.

Isidoro Martínez
Por el Centro de Estudiantes

José S. Mari
Por el Centro de Estudiantes

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Dr. Emilio B. Bottini
Dr. Julio N. Sustamante
Por la Facultad

Rodolfo Rodríguez Etcheto
Por el Centro de Estudiantes

José M. Vaccaro
Por el Centro de Estudiantes

Año XVIII

Diciembre, 1930

Serie II, N° 113

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

de Bernardo Lavayén

Bibliotecas

RESEÑA HISTÓRICA EN LA ARGENTINA. — LA BIBLIOTECA, COMPLEMENTO Y CONTINUACIÓN DE LA ESCUELA Y LA UNIVERSIDAD. — PENETRACIÓN SOCIAL DEL LIBRO. — SISTEMAS DE CLASIFICACIÓN. — LOS *subjects headings*.

(Continuación)

Una Biblioteca consta de muchos elementos, pero, en su finalidad más simple, en la medida de la finalidad tal cual se entiende y desarrolla en nuestros ambientes, todos los elementos de que consta están al servicio de una sola necesidad: la necesidad del lector.

Digo en la medida de su finalidad más simple, porque todavía no hemos llegado a tener en la Argentina, un organismo de engranajes tan perfeccionados como para que cumpla las funciones y rinda los frutos que llega a ofrecer en naciones como Estados Unidos, donde la institución está a un nivel verdaderamente admirable.

El edificio, los muebles, los libros, los ficharios, el personal, etc., todo, está para satisfacer al lector. Cada uno de estos elementos y sus derivaciones, hasta los detalles al parecer ínfimos e insignificantes, están estudiados dentro de la ciencia de la Biblioteca.

Hay algunos, como Ureña, que comprenden con la palabra “bibliología” “la ciencia general del libro”, tanto en su aspecto interno como externo, estudiado aisladamente o coleccionado en Bibliotecas, y como ramas de la “bibliología”, la “bibliografía”, la “biblioteconomía” y la “bibliotecografía”. Existe también la “bibliofilia”, con sus cultivadores los “bibliófilos”, que tienen como pasión por los libros, especialmente libros raros, ediciones originales, ediciones muy correctas o curiosas; en la exageración de la “bibliología” te-

nemos la "bibliomanía" o "bibliolatría" y en los "bibliómanos", "bibliólatas" o "bibliótafos", personas que no buscan, adquieren y hasta roban los libros con el ánimo de estudiar en ellos, o por lo menos leerlos o formar colecciones, sino exclusivamente por la manía de tenerlos; los "bibliolitas", o destructores de libros, entre cuyos célebres personajes se cuenta a Nabonasar, Julio César y el califa Omar I, éstos dos por la destrucción de la Biblioteca de los Tolomeos y el primero por la destrucción de todos los documentos y escritos que decían de las dinastías antiguas para aparecer él como primer rey de Babilonia; la "bibliatría" que es el arte de restaurar los libros; la "bibliognosia" que trata de los libros "más bien en su aspecto material o mercantil, que por su valor intrínseco y literario; la "bibliotecnia" o arte de la impresión, el rayado y la elección de los libros; la "bibliopea" o arte de hacer los libros"; la "bibliofisiología", que, como decía en otro trabajo, "no tardará mucho tiempo en perfilarse con propios relieves", entendiéndose por tal, "las funciones del libro dentro de una Biblioteca, sus servicios, la lectura, la información bibliográfica, el préstamo de libros, etcétera" y la "bibliopsicología" que vendría a comprender "el público y sus obras preferidas, la propaganda, la "bibliofilia", la "bibliomanía", "bibliotafia", etc., manifestaciones derivadas todas del estudio de las ciencias de las Bibliotecas" (Estudio Bibliográfico. Sistemas de clasificación en general. El sistema indefinido. Trabajo del autor, 1928, Buenos Aires, y citas en él consignadas).

No voy, ni puedo ocuparme, en particular, de cada una de las ramas de la ciencia de las Bibliotecas, que acabo de citar. Lo haré sólo de las más importantes, la "bibliografía", la "biblioteconomía" y la "bibliotecografía" y sin profundizar en detalles que, por ser pura y exclusivamente técnicos, sería demasiado laborioso explicarlos y para no ser alcanzados sino en forma parcial.

¿Qué es y qué hace la "bibliografía"? Es "la descripción interno-externa del libro, considerado en sí mismo, para determinar el lugar que ocupa en el movimiento intelectual" (Enciclopedia Espasa, t. 8, p. 609). Hay muchas clases de "bibliografías", aunque la mayor parte no sean tales más que de nombre. Las que se hallan al final o principio de un libro, de una obra, de un capítulo, o de un asunto, un catálogo de librería, un repertorio de biblioteca, una lista de autores que tratan un asunto determinado, la nómina de libros

de un autor, y muchas otras cosas más pasan por “bibliografías”, no obstante, ¡qué lejos están de ser lo que queda determinado como tal!

La “bibliografía” argentina, con algunas honrosas excepciones, está en sus comienzos y a la mayor parte de los que detentan el título de bibliógrafos les cabría muy bien lo que decía Manuel Selva al juzgar de las “bibliografías” del señor Conde Montero, calificándolo de “aspirante a pretendiente de ayudante de escribiente” de bibliógrafo, remitiéndolo muy justamente al modelo de las obras de José Toribio Medina y René Moreno, “el mejor bibliógrafo hispano americano” (La Literatura Argentina, Revista Bibliográfica, año 1, nº 3, noviembre de 1928, p. 16, Bs. Aires).

La *biblioteconomía* enseña el modo de juntar y arreglar convenientemente los libros para formar Bibliotecas, y comprende la organización y administración de éstas y la “técnica biblioteconómica”, “sin cuyos perfectos conocimientos toda institución de esta clase está expuesta al naufragio, aunque su dirección esté confiada al más ilustre de los literatos” (loc. cit. del autor, p. 5) al más grande de los científicos o al más versado y profundo de los pensadores.

“La *bibliotécografía* se ocupa de la historia de las Bibliotecas, de la estadística, del estudio de los varios sistemas de clasificación y en general, de las finalidades de las Bibliotecas” (loc. cit. del autor, p. 6).

Las Bibliotecas pueden ser “cerradas”, “abiertas” y “mixtas”. Las “abiertas” los americanos las llaman “open shelf”. Pueden separarse también en las que tienen establecido el préstamo y las que no lo tienen. Nuestras Bibliotecas son todas “cerradas”, a pesar de que la cantidad de volúmenes con que generalmente cuentan no lo justifica, pues, siendo Bibliotecas “cerradas” aquellas cuyo material no está al alcance del lector, sucede lo contrario que en otros países como Estados Unidos donde sólo las grandes Bibliotecas como la del Congreso son cerradas. Las Bibliotecas *open shelf* son las que tienen los libros a disposición de los mismos lectores sin la mediación previa del empleado. Las que podríamos llamar “mixtas”, son las que tienen un lote más o menos grande de libros — generalmente enciclopedias, diccionarios, antologías, anuarios, guías, catálogos, índices, bibliografías, etc. — a la disposición del lector, compensando así, en cierta forma, los inconvenientes de las Bibliotecas “cerradas”. Porque no se puede calificar de otra forma que inconveniencia, la

desventaja que implica el no poder los lectores recorrer las estanterías como "leyendo con los dedos" al decir de Carlyle (Nelson, ob. cit.).

El préstamo de libros es también una cuestión muy importante; no deseo extenderme sobre este asunto, sobre el cual mucho habría que decir. Baste saber que el grado de cultura de un pueblo puede medirse por la cantidad de libros que circulan en calidad de préstamo. Cuando la masa es educada, por todas las razones de instrucción o preocupación intelectual llega a la Biblioteca: mientras que si es inculta, sólo un reducido número de estudiantes, investigadores o estudiosos, mueve el material de las Bibliotecas, como sucede entre nosotros.

Pero antes de avanzar más, acerquémonos al lector, término esencial de nuestra ecuación; y entremos con él en la Biblioteca. El lector que concurre a la Biblioteca en busca de uno o varios autores determinados, conozca o desconozca el título del libro, es fácil satisfacerlo. Todas las Bibliotecas, hasta las peor organizadas, tienen una clasificación por autor, en orden alfabético, sin excepción, y las que les falte no corresponde llamarlas tales; serán depósitos de libros o cualquier otra cosa menos Bibliotecas. Repetido tantas veces como libros tenga el autor que se busca, en fichas que se hallan agrupadas, inmediatamente, en pocos instantes, sea el empleado o el mismo lector quien revisa el repertorio, tendrá la ubicación topográfica y con ésta el libro deseado.

Pero, el lector las más de las veces, no va a la Biblioteca, a buscar un autor determinado, va en procura de ideas, de información, de bibliografía, de antecedentes... sobre un asunto, particular o general, sobre una materia, sobre un dato, sobre un estudio... sobre infinita variedad de hechos, tanto como infinitos pueden ser los motivos de preocupación del humano espíritu.

¿Con qué elementos, además del repertorio alfabético por autor, debe contar la Biblioteca? Sin enumerar otros que no sean los propios tal como funcionan en nuestro medio, imprescindiblemente, debe tener un repertorio en donde conste todo el caudal bibliográfico clasificado por materias. ¿Con qué criterio, o atendiendo a qué motivo, debe ser hecha esa clasificación, para que satisfaga cumplidamente, cada una y todas las necesidades que los lectores presenten a la Biblioteca? He aquí planteado en sus verdaderos términos el problema capital y fundamental de la "técnica biblioteconómica".

No voy a entrar en cuestiones de técnica profesional; una conferencia de vulgarización científica, cual entiendo deben ser las de extensión universitaria, no puede tocar sutilezas de orden pura y exclusivamente técnico, para cuyo completo entendimiento se necesita adiestrarse previamente. Son cuestiones sencillas, pero donde el más insignificante detalle olvidado o mal entendido, repercute multiplicado tantas veces que se agranda y perjudica la construcción que debe ser armónica en todo su conjunto. No se puede, sin los elementos reales a la vista y en la mano, pretender dar una noción exacta del pequeño engranaje y los pormenores todos de una Biblioteca. Quien lo hiciere correría el riesgo de embrollarse en un teoricismo inútil.

La manera de agrupar los libros, redactada en forma de sucesión de temas o conceptos, que hay en cada Biblioteca, es lo que se llama "clave de clasificación". Toda clasificación es artificial, hasta el mismo ordenamiento alfabético por autores. La ciencia es una sola, dividida por comodidad en ramas. Clasificar libros es establecer divisiones científicas, de donde el artificio falso de todo sistema de clasificación. Hay que desterrar la idea de alcanzar el "desideratum" como perfección absoluta con ningún sistema, máxime si es de fabricación "apriorista". "Una cosa es clasificar libros y otra la de meterse a filósofo clasificador de las ciencias" (J. Tumburus, Bases Técnicas para un Instituto Bibliográfico Latino Americano, p. 85, ob. inédita).

Los libros pueden agruparse en base de muy diversos conceptos; por tamaño, por idioma, por país, por época, por autor, por las ideas que contienen o las materias que tratan, y dentro de cada uno de estos criterios, o combinándolos, se pueden establecer subdivisiones, subsecciones, o relaciones, que conformen a la lógica más pura y al arbitrio más caprichoso, al empirismo menos útil y a la rutina más engañadora. Hay más de 200 sistemas de clasificación diferentes, creyendo cada uno de sus autores, al crearlo, que llegaba a una verdadera "panacea" con su invención. La cantidad me ahorra la idea de que pudiera detenerme a analizar ninguno. Por otra parte, tengo hecha ya una exposición sobre las características por grupos y en particular sobre varios, como para dar una idea completa y acabada sobre esta materia, en mi trabajo sobre sistemas de clasificación con motivo del concurso para proveer el puesto que hoy ocupo. Descarto todo sistema cerrado o taxonómico y por ende todos los filosóficos o de ti-

po filosófico. Creo que la solución no está en la aceptación de un sistema que responda a una *clave a priori*. Los sistemas de clasificación deben ser un medio y no un fin; es decir, deben ser útiles, prácticos y sencillos en manos del lector y no una construcción cabalística en poder del Bibliotecario, que infunda, más que miedo, terror, el tener que desentrañar el misterio que encierra una combinación abstracta y absurda de divisiones y subdivisiones de términos, complicada, todavía, con otra combinación de "cotas" numéricas y literales.

El profesor Nelson (Ob. cit. p. 195 y 196) critica, por lo que acabo de manifestar, en comparación con los Estados Unidos, los métodos seguidos por los bibliotecarios latinoamericanos; no obstante, creo es la condición fundamental de que adolecen el sistema decimal, el del Congreso, el de Brown y otros, tan difundidos en aquella nación. El mal de la Biblioteca latinoamericana, radica, más que en esto, en la falta de preparación técnica y la despreocupación por obtenerla, que hay en los directores de estas instituciones, con pocas y honorosas excepciones. Una prueba de lo que afirmo, p. e., sin ir más lejos, se ofrece con abundancia, en las bases que corren agregadas a la idea o proyecto que existe para crear un "fichero bibliográfico nacional".

En los tiempos que corremos, el conjunto universal de todos los elementos de la vida, pugna por alcanzar el ritmo del nuevo compás de aceleración que corresponde a la vida moderna: de más fácil evolución, más ligera, más dinámica, más armónica, en el estudio de la sutileza de sus causas. El rótulo con que se designan las grandes ramas de la ciencia, pongamos por caso, Derecho — o con un poco más fineza — Derecho Comercial, Economía Política, Finanzas, ya poco o nada dicen al especializado, que empieza a mirar con desdén estas divisiones tan generales en los ficheros. Están bien para los estudios de síntesis generalizadores, pero son insuficientes. Cada día se prefiere con mayor atención los antecedentes más concretos, más limitados. De Derecho Comercial, que hemos citado, "Sociedades", "Contratos", "Papeles de Comercio", etc., p. e.; de Economía Política, "Precios", "Valor", "Mercados", etc.; de Finanzas, "Impuestos", "Presupuestos", "Deuda Pública", "Interna", "Externa", etc.; *tal como se presenten en la producción científica o literaria.*

Hasta por razones de técnica biblioteconómica, conviene ir eliminando subdivisiones vagas, que nada dicen, como "Obras Generales", "Tratados", "Compendios", y otras, de

una *imprecisión tal*, que jamás, ni el estudioso ni el investigador se detendrán a revisar los autores que “impropiamente” pueden colocarse a la espalda de una “ficha guía” que diga: “Estudios y Problemas Económicos Generales” como subdivisión de otra sección igualmente imprecisa, tal como “Economía General”; otra como “Problemas y Cuestiones, perteneciente a “Economía y Política Económica Internacional”. Ejemplos que podría multiplicar al infinito y respecto de cualquier materia, tomándolos de clasificaciones existentes o proyectadas, pero que creo son suficientes los expuestos para obtener una noción de la inconveniencia y la impropiedad que trae aparejada la imprecisión, la vaguedad y la generalización, en la nomenclatura de las divisiones o partes de una clasificación.

Tratando de salvar estas deficiencias y con la preocupación constante de ir perfilando y puliendo cada vez más la fineza de los temas de clasificación, para evitar la generalización, la imprecisión y la vaguedad, y favorecer lo concreto, lo limitado y lo definido, sobre la base como muestra de los ejemplos expuestos, se ha cultivado una forma de clasificación que ha sido por primera vez — en lo que yo conozca — estudiado, conformado y aplicado el sistema, a la Biblioteca de la Facultad de Medicina, por el señor Juan Túmburus, su director, la más alta autoridad hasta hoy de la materia en la Argentina, siendo la Biblioteca que dirigía la mejor arreglada.

Concordante en un todo con estas ideas y ante las desventajas insalvables que a primera vista y en la realidad de la práctica y los hechos, tienen todos los sistemas de clasificación cerrados, llámesele clasificación filosófica, sistemática, metódica, taxonómica, o con el nombre que se quiera, y también los sistemas que responden a una clave de clasificación *a priori*; después de estudiar profundamente este asunto; después de meditarlo serenamente; después de observarlo detenidamente en la realización práctica; después de apreciarlo y encuadrarlo en la verdad de la ciencia y en la armonía de las necesidades de la instrucción, del estudio y de la investigación; sin la pretensión de creer que yo, ni nadie, ha descubierto nada nuevo o ignorado, sino que ha surgido poco a poco, como perfeccionamiento gradual y lento de la dedicación y de la evolución de todas las cosas y de todas las ramas de la ciencia, y como una de ellas, si bien pequeña; y como fruto de todo esto sin que se pueda argumentar el que se trate de una Biblioteca general, especializada, general con tendencia a la

especialización o que se trate de una Biblioteca con cualesquiera de estas características y sea de una Facultad de Derecho, de una de Ciencias Económicas, de una de Ciencias Exactas, o de otra, o de cualquier naturaleza; concordante en un todo con estas ideas, digo, soy partidario decidido de la clasificación por tópicos, lo que los americanos, maestros de la ciencia, llaman *subject headings* y que podemos traducir por "temas de encabezamiento". No otra cosa ha sido la forma de clasificación que he presentado bajo el nombre de "sistema indefinido" como de pertenencia del señor Tumburus, para ser aplicado en la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Económicas.

Ahondemos en el asunto. No caben las ocurrencias en materia de Bibliotecas, hay que descartar las improvisaciones, dije al comenzar. No se deben vertir opiniones sobre ningún asunto al cual no se le haya ofrecido el homenaje previo que importa el trabajo de aprenderlo; es la condición de la moral intelectual; también dije. Bien, como tampoco busco una aceptación gratuita de mis afirmaciones os ofrezco los papeles. Ved lo que dice el profesor Ernesto Nelson, verdadera autoridad en la materia, en su libro "Las Bibliotecas en los Estados Unidos" (Capítulo IX, pág. 230), que transcribo "in extenso": "Por eso, hoy día en los Estados Unidos se habla menos de sistemas de clasificación bibliográfica que de tópicos (*subject headings*), procurándose llegar a entenderse acerca de una lista que abrace todos los asuntos de que se ocupan los libros. Quiérese asignar a cada asunto un nombre fijo, aceptado por todos y al cual se atribuyen universalmente una misma extensión e igual comprensión. Diariamente puede decirse, se perfecciona la nomenclatura de los temas, siendo este asunto discutido en todos los congresos de bibliografía y en las publicaciones científicas del ramo. Se comprende la razón de esta preocupación, porque el tema o *subject headings* ha venido a ser algo así como una unidad bibliográfica para el uso de todas las clases sociales. Se desearía que las designaciones usadas coincidiesen en lo posible con los conceptos que despiertan en la mente de la mayoría de las personas; se querría, en suma, que el público mismo diera las normas en cuanto a la designación de los asuntos y el radio de alcance de cada uno. Y tan arraigada se encuentra esta convicción, siempre con el carácter democrático que se quiere dar a las bibliotecas, que algunas de ellas han iniciado la tarea de anotar cuidadosamen-

“ te los asuntos que el público menciona al solicitar sus libros.
“ Si el sistema generalizara y organizara, se habría instituí-
“ do un gigantesco plebiscito que permitiría escoger las de-
“ signaciones que contaran con mayor número de sufragios.
“ Este procedimiento se sigue particularmente en Bibliotecas
“ para niños, donde las dificultades para entenderse son ma-
“ yores”.

Y no hay que olvidar, señores, que en cuanto a cultura, estamos todavía en el período de la niñez. “El desarrollo social es un crecimiento orgánico”, ha dicho Krause. La evolución sociogenética argentina, no se ha operado en forma concomitante respecto de todos los valores. Podemos significar un antecedente en el escenario económico internacional, podremos hacer notar nuestra presencia en otra clase de actividades, que podrían ser hasta las intelectuales, con el exponente de ciertos espíritus elaborados y talentosos, pero el nivel medio de cultura de un pueblo, no lo da una élite, se evidencia en la apreciación de la masa. Y nuestra masa, reconozcámoslo con entereza, está atrasada, en comparación con el grado que debiera corresponderle en el desarrollo social como crecimiento orgánico. Innumerables síntomas lo delatan y lo denuncian; no confiemos demasiado en los azares de la casualidad porque solo no se ha de producir el despertar. Es necesario que pueblo y gobierno recapaciten seriamente para evitar que tengamos que pagar, en futuro no lejano, nuestro tributo al atraso, para expiar el abandono del pasado y del presente.

